
BIBLIA Y AÑO LITURGICO

UNA SECCION NUEVA

PEDRO FARNÉS

1. Finalidad de esta Sección

Oración de las Horas ha dedicado siempre no pocas de sus páginas a la Sagrada Escritura. Hasta 1979 una de sus Secciones habituales llevaba incluso por título "La Palabra de Dios". Y si esta Sección desapareció de la Revista ello fue debido únicamente a que se creyó que, por lo menos durante un lapso de tiempo, era mejor consagrar todos los esfuerzos únicamente al Salterio, el libro más usado de la Liturgia de las Horas. Debido a ello la antigua Sección "La Palabra de Dios" se transformó en la actual "Un salmo para vivir".

Pero, pese al relieve que tiene ya la temática bíblica tanto en la Sección explícitamente consagrada a la Sagrada Escritura como en el trasfondo de muchas de las restantes aportaciones, hemos creído sugestivo inaugurar una nueva Sección bíblica que aparecerá cada dos meses. Esta Sección la calificamos de "nueva" por dos razones principales: porque en ella vamos a interesarnos más por "situar" el contenido del conjunto de las perícopes en el interior de las celebraciones y en el dinamismo del año litúrgico que en explicar, como se acostumbra en la mayoría de comentarios, el significado de cada lectura en sí misma; y "nueva" también porque el tipo de comentarios que propondremos, de hecho, versan sobre una práctica litúrgica "nueva" o por lo menos "renovada", que coloca la Escritura, no como un simple aditamento de la celebración, sino como una de sus partes más significativas.

2. Las perícopes litúrgicas situadas en el contexto del libro bíblico

Si damos una simple ojeada a la mayoría de comentarios que acompañan a los leccionarios litúrgicos para los fieles pronto descubriremos que

la finalidad que persiguen la mayor parte de los mismos se limita a desentrañar el significado literal de la perícope proclamada; a este comentario exegético se añade, a lo sumo, alguna reflexión sobre las actitudes personales a tomar frente al mensaje de la perícope. De la situación, en cambio, de la perícope en el conjunto del libro y en la dinámica del año litúrgico, poco o nada se acostumbra a decir. Es evidente que exponer el significado literal de la perícope litúrgica determinada es interesante e incluso fundamental. Pero, en cambio, en general, resulta insuficiente porque las perícopes concretas dependen siempre del contexto, es decir, del libro íntegramente meditado y, por otra parte, con frecuencia los libros bíblicos han sido situados en la liturgia siguiendo el dinamismo del año de la Iglesia. Limitarse sólo al fragmento aislado es, en el fondo, un vestigio de los usos "preconciliares": cuando no existía la lectura litúrgica continuada y la Escritura se leía en la Liturgia casi únicamente como vestigio histórico de épocas antiguas (1) no resultaba posible sino una meditación aislada de los pocos fragmentos que se conservaban en la celebración. Hoy, gracias a Dios, la situación es muy otra. Por ello "situar" los fragmentos en el interior de los libros de donde han sido entresacados resulta muy enriquecedor; ahora, en efecto, es todo el libro o la parte más importante del mismo lo que se proclama en la Liturgia en una lectura íntegra o, por lo menos, semicontinua.

3. Los libros bíblicos situados en el año litúrgico

Hay, además, otra importante faceta que nos brinda actualmente la organización de los nuevos Leccionarios litúrgicos y que quizá muchos desconocen: nos referimos a la "situación" de cada uno de los libros litúrgicos en el dinamismo del año litúrgico, tanto por lo que se refiere a la Misa, como con referencia al Oficio de lectura. Los libros de la Escritura en la celebración no se proclaman con la única intencionalidad de leer materialmente toda la Biblia (en este supuesto la base de los Leccionarios hubiera sido muy simple: colocar en los mismos los libros bíblicos en el mismo orden con que, desde antiguo, aparecen en la Biblia), sino que se persigue una finalidad muy concreta y pedagógica: la de facilitar, a través de las lecturas bíblicas, la oración contemplativa del misterio de Dios y de Cristo. Es por ello por lo que determinados escritos bíblicos se reservan a tiempos litúrgicos concretos (2), mientras otros libros se colocan en un determinado orden con la finalidad de renovar la vivencia de la historia de la salvación; para ello se propone la lectura de determinados libros después de haber leído otros o, incluso, colocando determinadas partes de un escrito en el interior de otro libro que se está leyendo, a manera de paréntesis explicativo (3).

4. Los diversos leccionarios relacionados entre sí

Aún hay otro matiz que conviene explicitar: la interdependencia que se da entre las lecturas feriales de la Misa y las del Oficio de lectura en su ciclo bienal (4). Esta interdependencia, a pesar de que a ella se refiere explícitamente la "Institutio" de la Liturgia de las Horas (5), pocos la conocen; captarla debidamente es, sin duda, uno de los mejores medios para evitar el peligro de dispersión que amenaza a muchas personas y comunidades obligadas a escuchar simultáneamente varios ciclos de lecturas bíblicas (Misa ferial y dominical, Oficio de lectura, lecturas breves). A base de escuchar textos y más textos, lecturas y más lecturas, muchos quedan casi como agobiados, casi sin saber a qué prestar su atención, y acaban por limitarse a una escucha sólo material.

En cambio, si se conoce el telón de fondo del conjunto de los Leccionarios, si los diversos sistemas litúrgicos de lectura bíblica se "sitúan" unos en relación con otros, el conjunto se escuchará con verdadero interés; y, aunque algunas veces se dé la primacía a un determinado ciclo de lectura —a la lectura continuada del Evangelio de la Misa, por ejemplo, o a la más larga y completa del Oficio de lectura—, las restantes lecturas continuarán conservando su interés y se verán con una función parecida al papel que tienen los instrumentos secundarios en un gran conjunto orquestal: aunque no dominen la melodía, sus acordes hacen más brillante el concierto.

5. El papel de la Escritura en el año litúrgico antes del Vaticano II

No pretendemos aquí hacer historia de la Liturgia; sólo perseguimos presentar un cuadro que muestre lo que en realidad significaban, hace sólo unos pocos años (6), las lecturas bíblicas en la celebración. La simple evocación de este cuadro y su comparación con lo que hoy brindan los nuevos Leccionarios al año litúrgico evidenciará hasta qué punto la reforma litúrgica ha dado a la Escritura un tratamiento no sólo cuantitativamente más abundante sino también cualitativamente distinto y muy superior. Por otra parte, esta comparación nos alertará también del peligro que puede representar acercarse a los actuales Leccionarios con los mismos criterios con que se abordaban las lecturas litúrgicas del misal de S. Pío V.

Objetivamente, la reforma de los Leccionarios es ya una realidad conseguida; pero para vivir lo que ellos significan y aportan se requieren unas actitudes subjetivas que a veces aún distan mucho de haberse logrado. Sobre todo teniendo presente que la mayoría de los que hoy se sirven de los nuevos libros litúrgicos —aunque casi no lo recuerden, pues así de aprisa pasa el tiempo— fueron tributarios, en los años de su propia formación, de unas prácticas a las que vamos a referirnos a continuación, que eran ciertamente muy distintas de las actuales y por ello, incluso casi

sin advertirlo, es posible que se vean como inducidos a usar los actuales Leccionarios con los mismos criterios con que se usaban los anteriores.

6. El Adviento en la liturgia preconiliar

Veamos, a manera de simple ejemplo, unos pocos casos: ¿Cómo se vivía el tiempo de Adviento antes de la reforma de los Leccionarios? ¿Qué aportaban en realidad las lecturas bíblicas a este tiempo? Lo más característico del Adviento no acostumbraba encontrarse en las lecturas; lo que realmente daba su ambiente a las semanas que precedían a Navidad eran más bien algunos cantos como el “Rorate”, ciertos signos de austeridad o incluso de penitencia que convertían estas semanas en una pequeña imitación de la Cuaresma (color morado, supresión de flores, del Gloria, del Te Deum, de la música instrumental; el uso de las planetas plegadas —hoy muchos ya no sabrán ni qué son—) y, en los monasterios y catedrales, algunas prácticas características y muy solemnizadas como el canto de las antífonas “O” en las últimas ferias.

De las lecturas bíblicas de este tiempo sólo tenían un cierto realce unas pocas perícopes como las del evangelio del “fin del mundo”, la epístola “Ya es hora que despertéis del sueño” (lecturas quizá más subrayadas porque con frecuencia eran el tema de un día de retiro al iniciar este tiempo), los evangelios dominicales que presentaban la predicación del Bautista y los de la Anunciación y Visitación en las témporas. Con referencia al Oficio, tenían también cierto realce las lecturas breves; pero éstas eran idénticas en los domingos y ferias, desde el comienzo del Adviento hasta su fin. Como se ve, un conjunto bien pobre.

7. El tiempo de Navidad en la liturgia preconiliar

Por lo que se refiere al tiempo de Navidad, el cuadro no era muy distinto. En esos días tenían un realce ciertamente destacado los relatos evangélicos de las grandes fiestas (Navidad, Circuncisión, Epifanía y día de su octava) interpretados las más de las veces como una simple historia ejemplar. En los lugares donde los Maitines de Navidad se celebraban solemnemente, también se daba una cierta importancia a las lecturas de este Oficio (aunque quizá más por su melodía característica propia que por su mensaje bíblico y sin distinguir demasiado, por otra parte, entre estas lecturas bíblicas y las patrísticas que seguían). Pero, junto a estas pocas lecturas, o quizá por encima de ellas, lo que realmente “ambientaba” el tiempo natalicio eran algunos cantos u otras prácticas como, por ejemplo, en las parroquias los villancicos populares, la presencia del pesebre y la adoración de la imagen del Niño Jesús; en las catedrales y monasterios, la “Calenda” proclamada solemnemente en la Prima del 24 de diciembre, los Maitines de la noche del 24 al 25 y algunos cantos especial-

mente bellos y evocativos por sus textos y por su melodía como los tres introitos “Dominus dixit ad me” (Misa de medianoche), “Puer natus est nobis” (Misa del día) y “Ecce advenit” (Epifanía), el himno “Iesu, Redemptor omnium” o el canto “Adeste, fideles”.

8. La Cuaresma en la liturgia preconiliar

En Cuaresma el panorama, por lo que respecta a la Misa, era algo mejor: cada día había lecturas propias. Era el único ciclo que poseía una riqueza semejante. Con todo, estas lecturas habían sufrido, por una parte algunas alteraciones lamentables (así los grandes evangelios dominicales fueron traspuestos a las ferias y en su lugar varios de los domingos recibieron lecturas muy secundarias (7), y por otra la selección de perícopes, por lo menos en gran parte, se debía más al culto de los santos titulares de las iglesias romanas en que se tenía la estación —aspecto, por tanto, muy secundario y limitado a la sola ciudad de Roma— que a lo que significa la conversión o el misterio de Cristo muerto y resucitado para cuya celebración fue instituida la Cuaresma.

Por lo que se refiere, en cambio, al Oficio Divino, la Cuaresma preconiliar era bíblicamente el más pobre de todos los tiempos pues ni tan sólo conservó el vestigio de la antigua lectura bíblica continuada que en los otros tiempos había permanecido en los Maitines: en su lugar se leían unos fragmentos de homilías patrísticas sobre el evangelio del día (8). Con todo, hay que reconocer que bíblicamente el tiempo de Cuaresma, por lo menos desde que en 1911 S. Pío X restaurara, aunque sólo fuera con carácter facultativo, las lecturas feriales de la Misa, era muy superior a los otros tiempos del ciclo.

9. El tiempo pascual en la liturgia preconiliar

En Pascua se retornaba a la monotonía de antes de la Cuaresma: en la Misa sólo había lecturas para los domingos y las dos fiestas de Ascensión y Pentecostés. En las ferias se repetían cada día las mismas lecturas del domingo anterior. En el Oficio, como en los restantes tiempos, una única serie de lecturas breves se repetía tanto en las ferias como en los domingos. La “espiritualidad pascual” hubiera tenido que buscarse, pues, en otras prácticas, no en las lecturas; pero como estas prácticas no eran tan abundantes en el tiempo pascual como lo habían sido en Adviento o Cuaresma, pronto el tiempo pascual dejó de verse como “tiempo fuerte” del año litúrgico (9) y, de hecho, se fue convirtiendo casi en un “tiempo ordinario”, recubierto, esta vez, casi totalmente por una devoción popular que, en la práctica, hacía desaparecer la ambientación pascual: el “Mes de María” que abarcaba, de hecho, la mayor parte de la Cincuentena.

10. El tiempo ordinario en la liturgia preconiliar

Pero donde la pobreza bíblica se notaba más era, sin duda, durante las largas semanas del tiempo ordinario, llamado entonces tiempo de “después de la Epifanía” y de “después de Pentecostés”. El sistema de lecturas bíblicas usado en este período era el mismo que hemos descrito para Adviento y Navidad: repetición diaria de unas mismas lecturas breves en el Oficio y, por lo que atañe a la Misa, repetición en los días feriales de las mismas perícopes de la Misa del domingo anterior. Pero a esta pobreza en el tiempo ordinario se añadían tres agravantes: a) la monotonía se notaba más porque la repetición de unas mismas lecturas se extendía a un número mucho mayor de días (prácticamente a la mitad del año); b) porque el elenco de lecturas dominicales no respondía a una selección sino a un conjunto de avatares fortuitos de la historia que había ocasionado, sin motivo objetivo, la preferencia de determinados fragmentos bíblicos y c) porque en esas semanas no había ni siquiera un trasfondo de cantos y prácticas que diera una cierta fisonomía o color a esas largas semanas del ciclo.

Es verdad que la monotonía de estas ferias, con lecturas siempre idénticas a las del domingo anterior, se “enriquecía” de algún modo con las celebraciones del santoral que recubrían la mayor parte de los días de labor; pero este “enriquecimiento” era, de hecho, muy relativo, pues para los santos se recurría casi siempre a las lecturas del común, y estos comunes acostumbraban repetirse incluso más de una vez en cada una de las semanas, de tal forma que, en realidad, resultaba aún más “variado” recurrir a la lectura del domingo precedente que, al fin y al cabo, se usaba sólo durante una semana, que recurrir a unos comunes que se repetían, semana tras semana, durante todo el año.

Es verdad que, desde que S. Pío X restauró la lectura ferial de Maitines (1911) incluso para las fiestas menores de los santos, empezó a existir como un “oasis” de variedad en las lecturas litúrgicas del tiempo ordinario. Pero este “oasis” era más aparente que real y no acabó de solucionar el problema de hallar un alimento bíblico suficiente sobre todo por dos razones: primero porque estas lecturas las usaban sólo los ministros ordenados y algunos contemplativos (10) y por ello tenían poco realce —¿no se repite desgraciadamente este fenómeno en nuestros días en que el mejor de los leccionarios litúrgicos —el del Oficio de lectura— no acaba de lograr el realce que merecería precisamente porque está colocado en un Oficio utilizado sólo por pocos fieles? (11)— y segundo porque esta lectura, la única realmente variada y relativamente continua, no era el fruto de una atenta selección de las mejores páginas bíblicas sino el resultado fortuito de conservar para cada día las frases iniciales con que empezaban la lectura en los tiempos en que a través del año se leía íntegramente toda la Escritura. Un ejemplo singularmente demostrativo de lo que eran en realidad estas lecturas lo podemos ver en las dos últimas se-

manas del año: a partir del jueves de la IV semana de noviembre cada día la lectura estaba formada por los primeros versículos de cada uno de los profetas menores: nada de sus respectivos mensajes se leía sino únicamente, día tras día, la presentación “familiar” del profeta y el enunciado del tiempo en que profetizó a base de la explicación de los reyes que reinaban. ¡Realmente poco podríamos sacar de este mensaje profético!

11. La respuesta de los fieles ante la pobre relación Biblia-Año litúrgico antes de la reforma conciliar

Hemos visto hasta aquí lo que en realidad ofrecían los leccionarios litúrgicos en la época preconiliar: un pobre y limitado mensaje en los tiempos fuertes, reducido casi exclusivamente a las lecturas dominicales (con una riqueza algo más abundante en Cuaresma en la que había también lecturas feriales) y otras pocas perícopes, éstas sin mensaje unitario y sin criterios de selección, colocadas y repetidas sin cesar, durante la mayor parte del año. Ante esta situación, la vida espiritual de los fieles fue discurriendo casi siempre por caminos distintos a la liturgia. La respuesta que dieron los fieles la podríamos sintetizar así:

a) En las grandes fiestas, las únicas que conservaban lecturas ricas en un contenido que generalmente respondía bien al misterio celebrado (Natividad, Epifanía, Pascua, Ascensión, Pentecostés, San Pedro, etc.), el pueblo respondía haciendo del mensaje bíblico el centro de su espiritualidad.

b) En los domingos de los tiempos fuertes, en los que el mensaje de las lecturas, aunque sumamente pobre (12), conservaba generalmente (13) el espíritu del tiempo, las lecturas continuaban influyendo en las homilias y en la vida de los fieles.

c) En los restantes domingos del año la realidad no era ya tan simple: las homilias acostumbraban a conservar aún como tema el evangelio dominical pero, como los textos evangélicos eran pocos y muy dispersos, la predicación tendía a volverse “autónoma” —más que comentar el evangelio se tomaba pretexto de alguna de sus frases para explicar algún aspecto de vida cristiana— y con frecuencia tomaba acentos moralizantes. Las personas piadosas generalmente hacían su oración totalmente al margen de las lecturas evangélicas, siguiendo, como en los otros días, algún autor espiritual. Otro fenómeno con que se respondía a la pobreza del Leccionario fue la tendencia que cada vez se notaba con mayor fuerza —y que frecuentemente estaba respaldada por decretos episcopales— a substituir el comentario evangélico por unos puntos doctrinales, al margen totalmente de la Biblia y de la Liturgia, pero que, por lo menos, resultaban más “completos”, “variados” y orgánicos que las dispersas lecturas dominicales. Si tenemos presente que en aquellos tiempos la homilía o “punto doctrinal” era el alimento más habitual de la vida espiritual de los fieles, no es difícil imaginar hasta qué punto ésta estaba alejada de la Escritura.

d) Por lo que atañe a los días de entre semana, la respuesta de los fieles a la pobreza de los leccionarios era aún más significativa: por una parte, en estos días no había nunca homilía y por tanto no se daba la más mínima referencia a las lecturas; por otra, junto al año litúrgico se había desarrollado un segundo “año popular” de devociones, que difícilmente nadie se hubiera atrevido ni a omitir ni a someter a la Liturgia: en diciembre, la Novena a la Inmaculada; coincidiendo en gran parte con la Cuaresma, los siete domingos de S. José y los “Via-crucis” generalmente dominicales; coincidiendo en buena parte con el tiempo pascual, el mes de María; a éste seguía el mes del Sagrado Corazón (entre ambos se colocaba aún la novena al Espíritu Santo); en el mes de octubre, el Rosario, meditado y acompañado de otros ejercicios; en noviembre las plegarias por los difuntos. Si se tiene presente que en todas estas prácticas abundaban las meditaciones, la predicación, los cantos, poco quedaba ya para las lecturas bíblicas del año litúrgico.

12. Las lecturas bíblicas resaltadas por el Movimiento litúrgico

Es verdad que en los albores del Movimiento litúrgico se empezó a notar un cierto deseo de vivir más intensamente la Liturgia; pero entre las personas piadosas —en los seminarios y monasterios por ejemplo— no podía pensarse en que este resurgir litúrgico dañara la “vida de piedad” centrada en las prácticas a las que hemos aludido; esto por una parte. Por otra, a pesar de los mejores deseos, se topaba con la pobreza bíblico-litúrgica a que nos hemos referido. Incluso cuando se generalizó el uso de los misales para los fieles y éstos “seguían” diariamente la misa entendiendo las lecturas y oraciones, resultaba difícil pretender que la vida de oración se alimentara únicamente —ni tan sólo quizá principalmente— a base de unas lecturas que ahora ya podían leer de manera inteligible en sus misales pero que se repetían monótonamente días y más días. Hubo ciertamente ensayos: libros de meditación (14) o de formación litúrgica (15) que intentaron sacar savia de los pocos textos bíblicos proclamados en la Liturgia; pero, por una parte, resultaba difícil extraer de unos pocos textos aislados e insistentemente repetidos un verdadero alimento espiritual y, por otra, el mismo esfuerzo centrado en extraer de unos pocos textos ideas variadas y vitalidad suficiente para alimentar la vida cristiana tuvo finalmente repercusiones negativas —que desgraciadamente perduran aún en muchos fieles— pues indujo a aislar de su contexto las pocas perícopes empleadas en la Liturgia induciendo a analizar estos textos con excesivo detalle, insistiendo en sacar de los mismos consecuencias a veces forzadas, como si necesariamente todo el mensaje cristiano tuviera que encontrarse en las pocas perícopes que, como hemos visto, sólo casualmente habían entrado a formar parte de los leccionarios litúrgicos.

13. La respuesta de los fieles a la nueva situación Biblia-año litúrgico

Acabamos de ver cuál fue la respuesta de las comunidades cristianas ante el hecho de unos Leccionarios pobres en contenido y extremadamente deformados. Hoy los libros litúrgicos han sido objetivamente mejorados y subsanadas las deficiencias que en los mismos hemos lamentado. Pero la mayor parte de los fieles se colocan frente a los nuevos Leccionarios litúrgicos casi con la misma actitud con la que el Movimiento litúrgico inició a sus seguidores, cuando la Liturgia ofrecía sólo unos pocos textos; es decir: se siguen analizando las perícopes litúrgicas casi siempre de manera exclusivamente aislada y, a veces, incluso forzosamente artificial (16).

Hoy la respuesta debe ser otra. La sintetizaríamos en los siguientes puntos que desarrollaremos en artículos sucesivos y que formarán la parte introductiva de la Sección *Biblia y año litúrgico* que hoy inauguramos: a) la Escritura no es uno de los “adornos” que colorean la celebración litúrgica y que cada uno puede “utilizar” a su gusto para ambientar las celebraciones, sino que es uno de sus elementos constituyentes; b) las lecturas bíblicas hay que “situarlas” en los libros de los que se han seleccionado; c) es necesario distinguir los diversos sistemas de lectura empleados en la Liturgia: lectura continuada, lecturas seleccionadas, sistemas mixtos; libros relacionados con el tiempo litúrgico, libros relacionados con el proceso de la Historia de la salvación, libros relacionados con el progreso de la Revelación; d) hay que insistir tanto en el mensaje de cada Escrito bíblico en general como en los aspectos más particulares de la lectura concreta y, sobre todo, en los ciclos de lectura continuada, enlazar ambos aspectos.

Esperamos que estas reflexiones ayuden a nuestros lectores a realizar en su vida cristiana aquel voto que ya formuló el Vaticano II: “Para procurar el progreso de la Sagrada Liturgia, hay que fomentar el amor suave y vivo hacia la Sagrada Escritura” (17), con la convicción de que ella, junto a los ritos sacramentales, constituye el núcleo fundamental de la celebración de la Iglesia.

NOTAS

1. De hecho, las lecturas bíblicas, tanto del misal como del breviario, dependían casi siempre sólo del antiguo fragmento inicial asignado para cada día cuando existía la práctica de leer íntegramente toda la Escritura cada año. Primero se suprimieron días de lectura, luego se acortaron las perícopes y consiguientemente los Leccionarios litúrgicos conservaron sólo las frases iniciales de la

lectura que correspondía a los domingos o a las ferias que perseveraron con lecturas propias.

2. Así, por ejemplo, Isaías a Adviento, el Cantar de los cantares y Colosenses a Navidad, el Exodo y el Deuteronomio a la Cuaresma, etc.
3. Así Amós, Oseas, Isaías y Miqueas se sitúan en el interior del Libro de los Reyes, Ageo, Zacarías y Neemías en el interior del Deutero-Isaías, etc. (Cf. "Institutio" de la Liturgia de las Horas, n. 152).
4. Esta interrelación entre las lecturas feriales de la Misa y las del Oficio de lectura resulta imposible cuando en el Oficio se usa el Leccionario anual que aparece en la Liturgia de las Horas de España, pues el plan de la Misa cubre dos años y el del Oficio sólo uno; resulta, por tanto, imposible buscar la relación de las dos lecturas de la Misa (año par y año impar) con la única que para el mismo tiempo presenta el Leccionario anual del Oficio.
5. n. 143.
6. La descripción que vamos a hacer en los párrafos siguientes sobre la pobreza de lecturas bíblicas en la celebración, aunque a muchos les parecerá que trata de tiempos remotos que casi no recuerdan, en realidad estaba aún vigente hace sólo 12 años. (El primer Leccionario reformado empezó a usarse en el Adviento de 1969).
7. Así, por ejemplo, los evangelios de los domingos III (autoridad de Jesús sobre los demonios) y V (discusiones sobre la autoridad de Jesús) habrían sustituido a las importantes lecturas del Hijo pródigo y de la Samaritana, colocadas posteriormente en las ferias como consecuencia de simples avatares históricos.
8. Homilías que, además, no resultaban tampoco demasiado interesantes porque se limitaban generalmente a las frases iniciales del sermón patrístico.
9. Este fenómeno persevera, lamentablemente, en no pocas comunidades para las que aún los tiempos litúrgicos fuertes son sólo Adviento y Cuaresma. De hecho, terminado el Triduo pascual, en muchas comunidades las celebraciones parecen recuperar el ritmo de "tiempo ordinario".
10. Decimos "*algunos* contemplativos" porque en el Breviario Monástico (que usaban todos los seguidores de la regla de San Benito) durante la mayor parte del tiempo ordinario, en Maitines no había sino una lectura breve.
11. Decimos que el Leccionario del Oficio de lectura es el mejor de los promulgados por la reforma litúrgica porque es el único que ofrece, a través de dos años, el contenido moralmente íntegro de toda la Escritura (nos referimos al Leccionario bienal, no al anual que figura en la edición española y que hace repetir la mitad de la Biblia todos los años olvidando totalmente la otra mitad).
12. Para descubrir la hoy inconcebible pobreza de este Leccionario, incluso por lo que se refiere a los tiempos fuertes, es suficiente comparar, a manera de ejemplo, el antiguo Leccionario que tenía sólo 8 perícopes (cuatro epístolas y 4 evangelios; el gradual no podía llamarse "lectura" porque se limitaba a uno o dos versículos) con el actual que tiene 48 (3 lecturas y un salmo para cada uno de los 4 domingos multiplicado por 3 ciclos).
13. Como hemos notado más arriba, incluso en los domingos de los tiempos fuertes, se habían deslizado lecturas poco expresivas como las citadas para los domingos III y V en la nota 7.

14. Por ejemplo, BAUR: *Sed luz*.
15. Por ejemplo, PIUS PARSCH: *El año litúrgico*.
16. Comentarios de este tipo son hoy la mayoría de los que aparecen en el divulgado *Misal de la comunidad*. En cambio, en los dos volúmenes *Comentarios a la Biblia litúrgica*, de la misma colección, hay explicaciones realmente buenas (principalmente las de Epifanio Gallego) junto a otras, realmente, forzadas y artificiales.
17. Sac. Conc., n. 24.